

Num. 26  
Discursos

lit. 215

PUBLICACIONES DE LA ACADEMIA  
PUERTORRIQUEÑA DE LA LENGUA  
CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA

Discurso de Ingreso de Don José S. Alegría

Contestación de Don Emilio S. Belaval

Acto celebrado en el Ateneo Puertorriqueño  
el 17 de junio de 1955

Biblioteca de Autores Puertorriqueños

Editores de la

Academia Puertorriqueña de la Lengua Española

ACADEMIA PUERTORRIQUEÑA  
DE LA  
LENGUA ESPAÑOLA

CINCUENTA AÑOS  
DE  
LITERATURA PUERTORRIQUEÑA

POR

JOSE S. ALEGRIA

SAN JUAN DE PUERTO RICO

1955

El día 17 de junio de 1955 se llevó a efecto en el Ateneo Puertorriqueño en San Juan de Puerto Rico el acto de ingreso en la Academia de don José S. Alegría.

En dicho acto dijo breves palabras de apertura el Presidente de la Academia don Samuel R. Quiñones.

El hoy académico don José S. Alegría pronunció luego su discurso de ingreso, habiéndole contestado don Emilio S. Belaval por delegación del Presidente de la Academia. (En este folleto se publican los discursos de los señores José S. Alegría y Emilio S. Belaval.)

#### **Datos Biográficos de don José S. Alegría**

Don José S. Alegría nació en Dorado, Puerto Rico, el 17 de julio de 1886. Hijo de don Cruz Alegría Arizmendi y doña Carmen Santos. Se graduó de maestro en la Escuela Normal de Río Piedras en el año 1902 y de abogado en Valparaíso, estado de Indiana, E. U. A. en el año 1908. Fué nombrado Juez Municipal de Salinas para hacer las elecciones en aquel municipio el mismo año en que se recibió de abogado, y electo Juez Municipal de Manatí 1909-1913. Ha sido presidente del Casino de Puerto Rico, de la Sociedad Puertorriqueña de Periodistas, y de la Junta de Libertad Bajo Palabra, miembro a la Cámara de Representantes de 1936-40. Dirigió la revista Puerto Rico Ilustrado durante varios años. Laureado en varios certámenes literarios y en juegos flo-

rales. Premiado en tres ocasiones por el Instituto de Literatura Puertorriqueña. Autor de "Antología de Poetas Jóvenes", "Rosas y Flechas", Pancho Ibero Encadenado" (prosa política), "Crónicas Frívolas" y "Retablos de la Aldea". Es casado con doña Celeste Gallardo Veronne. Dirección Postal: Calle Parque 225 Santurce, San Juan, Puerto Rico.

Honorable Sr. Presidente;  
Honorables Sres. Académicos;

Señoras y señores:

Quiero agradecer el honroso acuerdo de la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española, eligiéndome para formar parte de tan noble institución como estímulo para mis entusiasmos, más que por valiosos aportes a la literatura puertorriqueña.

### EN EL PRINCIPIO FUE EL VERBO

19 de noviembre de 1493.

El mismo viento que despeinaba el bosque de nuestra isla sumergida en la niebla, sosegada en su virginidad, adormecida en su silencio, acunada en molicies de mares azules y ríos rumorosos, sobre cuyo sueño irradiaban noches fundidas en un éter de luciérnagas, hinchaba las velas latinas de la Niña, la misma carabela que con la Santa María y La Pinta partió una mañana ensoñadora de Palos de Moguer llevando el estandarte de Cas-

tilla que era un himno que flotaba; la espada sin ocaso; la cruz vencedora para que hinchara campanarios en las iglesias que se alzaron en el nombre de Dios hechas piedras al anhelo religioso de ascensión hacia el cielo, y la Gramática de Nebrija como una gran semilla blanca.

La isla de Borinquen saludó con un himno de polen y de savia al marino intrépido en el mismo viento cargado de perfumes a quien el futuro había confiado el velamen de oro de las profecías.

Y hurgando con su quilla audaz las latitudes de nuestros mares, surgió este pueblo a la luz de la civilización formado de restos de sangre nativa agotada, y del desborde de la sangre triunfante que concluyó por establecer el dominio riguroso de su jerarquía. Pueblo marcado para siempre con el sello de la madre que le legó el valioso tesoro de su grandeza, de sus gestos heroicos, de sus arrestos de valor, de sus fanatismos patrióticos, de su orgullo invencible, de sus ímpetus, de su fe cristiana, y de sus sublimes temeridades legendarias.

Por más de cuatro siglos el tesoro valioso arrebujado entre los pliegues de la bandera de Castilla, engarzado en la cruz de las espadas, incrustado en la punta de las lanzas y repujado en las férreas armaduras de los gerifaltes de guerra, se trasmite de generación en generación en estas tierras des-

cubiertas por Colón, purificado por la llama de nuestro sol y por las aguas de nuestros mares.

Por más de cuatro siglos nos aprovechamos de la gran corriente civilizadora del siglo XV que ha venido fortaleciendo hasta hoy nuestra vida espiritual, para permitir que podamos mantener encendido el ideal del derecho y de la justicia de Roma que ciudadanizó una fe para el mundo; el desinterés y el idealismo de Grecia que hizo el milagro de su filosofía, y la fe del cruzado cristiano que nos legó España para que hinchara miles de campanarios.

Por más de cuatro siglos hemos vivido a costa de las valiosas reservas de nuestras fuerzas cristianas, caballerescas y espirituales que intervinieron en el nacimiento de nuestra cultura, situada en las perspectivas de Dios y de la vida eterna.

Para no apartarnos de nuestra psicología, para mantenernos leales a nuestro propio carácter, mantenemos encendido el espíritu de la antigua civilización occidental, considerada históricamente como un trasplante de la cultura grecolatina, nos hemos cuidado de no agotar la partida de los sueños y de no olvidar la herencia del Lacio y de Hispania, tratando de convertir en hechos las más bellas palabras del hermoso vocabulario de sus pensamientos, desde la primera diana viril que entonó nuestro pueblo en sus entrañas cuajadas de fraternidades y justicia.

No pudo esa ósmosis de las ideas imperantes en los propulsores de una teratología del sentimiento nuestro, realizar el intento de segregarnos de nuestra vieja cultura latina para fundirnos a otra cultura. Así podemos vivir orgullosos y seguros de haber salvado el ideal de etnismo espiritual que hizo posible realizar el milagro de la supervivencia de la unidad idiomática en América. Sabemos que con el latín bárbaro se inició el ocaso de Roma, porque nada, ni la tierra, ni el espíritu, ni las tradiciones, pueden tanto como la lengua para afianzar la cohesión de un pueblo. "El hombre es la mitad de sí mismo; la otra mitad es su expresión", dijo Emerson.

### EL LIBRO

La Gramática de Elio Antonio de Nebrija, fresca aún la tinta, vino a América en las carabelas de Colón para que diera comienzo el aprendizaje de la lengua castellana.

Traía de España la más rancia prosapia cultural.

Desde la dominación romana, que va del siglo II antes de Cristo al V de nuestra era, España ocupó lugar prominente en la literatura latina del Imperio: Seneca el retor; su hijo Seneca el filósofo y dramaturgo; Lucano el poeta de **Pharsalia**; Marcial el de los epigramas ingeniosos y picarescos; Quintiliano el preceptista y crítico literario; Pru-

dencio, cantor del cristianismo heroico y militante, y San Isidro de Sevilla, compilador del saber antiguo en el **Trivium** y el **Quadrivium**.

Desde el Siglo X al XII la ciencia y la poesía hebreas alcanzan — dice Hurtado — un carácter de grandeza y de independencia digna de los períodos literarios más brillantes. Y España era precisamente, la patria intelectual e ideal donde convergían los esfuerzos de todos los judíos. Para señalar su grandeza bastaría citar al malagueño Avicibrón, el verdadero restaurador de la poesía hebraica; a Bakia ben Pakuda, llamado el Tomás de Kempis judío; a Moisés Ben Ezra, cantor del vicio, del amor, de la alegría y de los placeres; al cantor de la naturaleza Abulhasan Jehuda Haleví; al poeta Jehuda ben Salomón Aljarizi, llamado el Ovidio de la poesía neobraica, y al pensador Maimonides, calificado de Santo Tomás del judaísmo.

De la época del califato que hizo de Córdoba el cerebro de las comarcas de occidente, se significaron, entre muchos, Rasis, Arrazi, literato, autor y poeta, los historiadores Aljoxaní y Abenhayán; el granadino Abenaljatib, biógrafo de sus coterraneos ilustres; Abenjaldum el más notable de los cronistas musulmanes, Averreos, estudiado por Santo Tomás y a quien Renán consagró uno de sus mejores libros; y la poetisa Racunía, de Granada.

Traemos a este discurso los nombres ilustres de unos pocos representantes de la literatura hispano-latina, hispano-judía e hispano-arábica, porque hemos creído conveniente señalar, someramente, el desenvolvimiento y el abolengo del idioma de España al tiempo del Descubrimiento y Conquista de América.

En Puerto Rico la enseñanza dió comienzo, como en toda América a la sombra de la iglesia de Cristo, y como bien lo expresó Tomás Navarro Tomás, “el modo de hablar de los colonizadores sirvió de base al conjunto lingüístico sobre el cual fué elaborándose a lo largo del tiempo el peculiar perfil del acento puertorriqueño”. Más luego, en su libro *Notas Históricas sobre la tradición lingüística puertorriqueña*, añade: “En pocos países del habla española se aprecia de manera tan viva como entre los campesinos puertorriqueños, la estimación de la dicción correcta y el temor a incurrir en defectos de lenguaje que puedan significar ineducación o rusticidad”.

Durante cuatro siglos se fué elaborando el español de Puerto Rico sobre la base única de la lengua de los colonizadores, “modificada por las condiciones peculiares del medio geográfico y social”. Lengua de ancho cauce, en ella cabían las peculiaridades de cada pueblo de América, porque “los idiomas — escribía Sarmiento — se tiñen con los colores de la tierra que habitan”.

Ya en 1858, en el Seminario — Colegio se concedía el título de Bachiller en Artes y a la clase de 1863 se otorgaban premios a un grupo de jóvenes que luego ocuparon posiciones de gran prominencia en la cátedra, el periodismo, las profesiones, la literatura, el ejército, . . . . .

Nuestra generación del siglo XIX ha de ser orgullo de España y de Puerto Rico, porque a la sombra de la madre que nos trajo a la civilización, desarrollamos nuestra personalidad de pueblo culto, cristiano, laborioso y amante de la libertad.

A esa misma generación le debe Puerto Rico la abolición de la esclavitud.

Realizada la abolición de la esclavitud, emprendieron aquellos hombres una nueva cruzada por las libertades políticas, tratando de conseguir un gobierno más en consonancia con el espíritu libertario de América.

Y por fin vinieron de España las reformas.

Por los decretos de 25 de noviembre de 1897, se vieron al fin satisfechas las aspiraciones de la Isla de Puerto Rico. España nos concedió un gobierno sobre la base de una franca autonomía, o sea el gobierno de Puerto Rico por los puertorriqueños, más amplio que el de las colonias inglesas de Australia y Canadá, y más ventajoso aún, porque respetaba a los puertorriqueños su antigua representación en las Cortes Españolas por

medio de tres senadores y sus representantes, elegidos por sufragio universal.

¡25 de julio de 1898!

Las tropas norteamericanas asaltan y capturan la población de Guánica al sur de la isla.

En días sucesivos ocuparon otros pueblos.

España estaba indefensa. Peleaba en Coamo, Aibonito, Guayama, Arroyo, Hormigueros, Las Marías y en algún otro sector de la isla. Defendía con heroísmo sus posiciones militares, porque los españoles ni saben rendirse con mansedumbre ni morir por la espalda.

2 de agosto de 1898.

William R. Day, Secretario de Estado de los Estados Unidos y Julio Cambon, embajador extraordinario de la República Francesa en Washington, firmaron los artículos del protocolo que precisaban los términos en que los gobiernos de los Estados Unidos y España restablecían la paz entre ambos países.

El artículo 2do. del Protocolo establecía:

“España cederá a los Estados Unidos la isla de Puerto Rico”.

El 16 de octubre, el Capitán General don Manuel Macías y Casado abandonaba el Palacio de Santa Catalina para abordar el vapor Covadonga que lo llevaría a España.

Una semana más tarde, el General don Ricardo Ortega Díaz, segundo cabo y gobernador de la plaza de San Juan, salió del Arsenal para abordar el vapor **Montevideo** con los últimos soldados de España.

El día 10 de diciembre se firmó en París el Tratado definitivo de paz.

En este tratado se reprodujo el artículo 2do. del Protocolo del armisticio.

Así, de una provincia española, pasamos a ser los puertorriqueños una posesión de los Estados Unidos.

Hasta el 30 de abril de 1900 estuvo regido Puerto Rico por un gobierno militar.

¿Como fuimos juzgados por los invasores?: En febrero de 1899 el corresponsal del "New York Post", escribía desde San Juan: "Yo creo firmemente que los habitantes de Puerto Rico están mejor preparados para una forma de gobierno territorial que los de cualquiera de nuestros actuales territorios del Oeste, o, si en eso vamos, que los de unos cuantos de nuestros estados del lejano Oeste o del Sur."

Más tarde, el Gobernador William H. Hunt decía al Presidente y al Congreso de los Estados Unidos: "Este pueblo tiene una civilización que, en muchos respectos, está tan avanzado como la de cualquier país de Europa o de América. Antes de Jamestown y de Plimouth Rock, Puerto Rico

era una comunidad socialmente bien desarrollada. Las escuelas — añadía — no podrán, ligeramente, prescindir de este hecho". O sea que Puerto Rico, para entonces, era lo que el Doctor Gregorio Marañón define así:

"Todo pueblo es una entidad viva y, por serlo, está sujeto a un ciclo constante. Este ciclo pasa siempre por las mismas etapas: familia, país, nación. Los núcleos iniciales, las familias se reúnen para formar el país; el país que todavía no es nación, pero que tiene una estructura más fuerte que la nación, la estructura perdurable que dan los cuatro factores de creación social: la geografía, la religión, la tradición y la lengua. El país, es por tanto, indestructible, como la propia familia, a la que prolonga, y es la primera y más pura expresión de la patria".

El día 1ro. de mayo de 1900 se organizó el gobierno civil de acuerdo con la Ley Foraker, votada por el Congreso.

Al abolirse esta ley en 1917, pasamos a ser ciudadanos de los Estados Unidos.

Hemos llegado hasta aquí en esta narración que parece alejarse del tema de este discurso, porque ha de servir de fondo al destaque del desenvolvimiento de cincuenta años de cultura hispánica en Puerto Rico, realizada en un ambiente absolutamente adverso.



Tan pronto como se estableció el gobierno civil se implantó un sistema de instrucción pública obligatoria, imponiendo el inglés como único vehículo de enseñanza y reduciendo el español a la condición de lengua extranjera en su propia tierra.

Fué esta tiranía la que hizo exclamar a nuestro patricio Luis Muñoz Rivera: "Todos los yugos nos parecen odiosos; el yugo del idioma nos parece intolerable".

Esta tiranía fué reconocida por los mismos educacionistas norteamericanos.

El profesor Nicolás Murray Butler, presidente de la Universidad de Columbia, así lo hizo constar:

"Si un niño de tierna edad tiene la desgracia enorme de que se le facilite un poco el conocimiento de una lengua extranjera a expensas, como es de rigor, de una mayor y mejor conocimiento de su lengua maternal, y el chorro espontáneo y generoso de su nativa energía mental se encuentra devuelto hacia dentro en lugar de seguir brotando naturalmente hacia afuera, el resultado probabilísimo es un caos intelectual, originador de daños incalculables y que impide que en la vida mental del niño, ocurran un millón de cosas buenas".

"Es totalmente imposible desde el punto de vista psicológico, atravesar el periodo de

aprendizaje de una lengua extranjera a la edad en que la maternal se está acentando y acomodando, sin que esta última quede, para siempre deformada y mutilada."

"El estudio de toda lengua extranjera debe ser reservado para la escuela superior o secundaria porque es un estudio que invita y contriñe a la comparación con la lengua maternal, y a un análisis, más o menos reflexivo, de los respectivos vocabularios y de las sendas formas gramaticales y sintácticas."

Y del profesor F. C. Woddward son estas palabras:

"La lengua vernácula no debe ser nunca considerada en las escuelas como una asignatura más; como una asignatura subalterna, o alternable con otras, o electiva al capricho voluntarioso de los alumnos o de terceras personas. Por virtud de ser la lengua maternal, su conocimiento y su estudio son un requisito previo, una condición preliminar para emprender otra clase de estudios; todos los otros estudios están supeditados a ella; ella se reserva el derecho de coordinarlos y dirigirlos todos".

"Cuando se dice que el conocimiento de la lengua madre es un requisito previo, indispensable para el buen éxito en el estudio de todas las asignaturas, se ha dado forma a

una proposición axiomática; o por lo menos, casi tan axiomática como esta otra: Un hombre para caminar necesita tener piernas”.

Puerto Rico luchó con los recursos espirituales de su raza indomada e indomable frente a las fuerzas poderosas que atentaban contra la supervivencia de nuestra lengua vernácula. Contra los de allá y contra los de aquí, porque las fuerzas asimilistas en Puerto Rico han existido siempre. Para muchos cojos del espíritu ha sido el asimilismo una carrera productiva, pero al final siempre efímera.

Ante la amenaza que se cernía contra la lengua, arca de la cultura, como la llama Unamuno, reaccionó nuestro pueblo.

Queríamos aprender inglés y conservar nuestra lengua vernácula. ¿Que mejor fórmula para ello que la que una vez insinuara el ilustre educador norteamericano, Dr. Martin G. Brumbaugh? “la conservación del español y la adquisición del inglés”. Era todo lo que se podía pedir a un pueblo que tenía el español como lengua de su cultura y una clase intelectual cultivada que no podía consentir que nos convirtiéramos, como los de Florida, Nuevo Méjico, Texas, California, en los “inválidos del habla, los cojos, mancos y tullidos de la expresión, el baldado espiritual, incapaz de moverse entre sus pensamientos”, como los llamaba Pedro Salinas.

Nuestro idioma se imponía y cada día era mayor el entusiasmo y la devoción de nuestros hombres de letras para el enriquecimiento de nuestra bibliografía.

Un cuarto de siglo desde el cambio de soberanía política y nuestra habla y toda nuestra producción literaria tenía un cuarto de siglo más de hispanidad.

Así lo reconoció el ilustre don Tomás Navarro Tomás que vino a Puerto Rico para darnos mucho de su sabiduría y caló en lo más profundo del problema lingüístico de nuestro pueblo con criterio y rigor científico, tomando, como era de esperar, nuestra condición isleña, reducido territorio, accidentada topografía, elevada densidad de población, elemento afroantillano, antigua y arraigada cultura hispánica, y cambio de situación que hacía un cuarto de siglo puso el país bajo la dependencia de los Estados Unidos.

“No puede ser un mal — dijo Navarro Tomás — que en Puerto Rico se hable un español cada vez más uniforme y correcto, como de hecho ha de ocurrir si los acontecimientos siguen la marcha que ahora llevan.”

“El español de Puerto Rico, visto en su evolución histórica, ofrece enseñanzas aplicables al estudio del lenguaje de los demás países hispano-americanos, y más especialmente, el de aquellos que constituyen la zona antillana. Considerado

en lo que se refiere a las circunstancias particulares de su situación actual, el habla de la isla aparece como ejemplo y lección de una de las experiencias más interesantes de la lingüística americana."

Es la misma conclusión a que también llegó el doctor Víctor S. Clark, quien traído a Puerto Rico para estudiar el "problema", tuvo que confesar que el inglés no será otra cosa en Puerto Rico que "el idioma comercial y político de esta isla, y habrá de enseñarse para que la nueva generación pueda disfrutar de las mismas ventajas en los negocios y en las carreras profesionales o políticas, que sus compatriotas del continente."

En Puerto Rico no existe influjo del inglés en forma que tienda a deformar nuestra habla.

"El influjo del inglés en la pronunciación puertorriqueña — comenta el profesor puertorriqueño Dr. Rubén del Rosario — es insignificante en la realidad. No hemos incorporado a nuestra habla diaria ni una sola vocal, ni una sola consonante, ni en ningún caso la entonación sigue la curva tonal del inglés. Por el contrario, se han deformado fonéticamente, acomodándose a nuestros hábitos articulatorios, lo que sucede en todos los idiomas."

"Tampoco en la morfología puede señalarse influencia perceptible fuera de alguna que otra palabra aislada. En general, ni el género, ni el

número, ni el modo, ni la voz, ni los tiempos verbales han sido afectados por el contacto con el pueblo norteamericano".

¿Cómo pudo Puerto Rico, al tiempo del cambio de soberanía, con una población de unas 800,000 almas sobre un reducido suelo de 3,600 millas cuadradas, resistir el impacto de una nación poderosa, de millones de habitantes, que cuando discutía en el Senado Nacional el Tratado de París, proclamó su nueva política expansionista?

Porque, como dijera Santos Chocano en su discurso pronunciado en el banquete que se le ofreciera al tiempo de ausentarse de nosotros en el año 1913, "Puerto Rico es el signo revelador de la vitalidad de nuestra raza, que, ni aún en el supuesto de que se aviniese a ello, podría ser anulada ni absorbida por ninguna otra. Un millón doscientas mil almas que, hace quince años fueron sumadas a los dominios legales de los Estados Unidos de Norte América, han permanecido vigorosamente distintas de sus dominadores, aún reconocida la potencialidad de éstos, que, en las reservas de su criterio tendrán que conformarse con ser, pese a Washington, y a Franklin y a Lincoln y a Cleveland, dueños ocasionales del territorio de Puerto Rico, pero no de su espíritu nacional".

Este fenómeno, advertido por el gran poeta peruano que al marcharse nos dejó con su recuerdo todo un libro de versos inspirados en nuestra

tierra, lo explica así el ilustre don Antonio Oliver:

“Entre topos y logos hay una estrecha e íntima relación. Nace el hombre adscrito a un topos, a un lugar; pero también, a un logos, a un verbo. Otras veces el logos nos conquista y es nuestro verbo de adopción, como asimismo existen las patrias o tierras adoptivas. Cuando el hombre pierde el logos, en el suspiro de la muerte, todavía el topos lo recibe y sepulta. El logos es lo espiritual y divino; el topos, lo esencial y terreno.”

“Hay pueblos y naciones de un topos reducido, a los que el logos no les cabe en el cuerpo. Como a muchos hombres, que tienen un gran espíritu en una estructura física pobre y enteca. En cambio, a otros países de extenso topos el logos les viene chico.”

Con estas bellas palabras lo expresó también el ilustre presidente don Samuel R. Quiñones, en su discurso al tiempo de instalarse esta Academia:

“Cala tan a lo hondo del espíritu puertorriqueño la huella de la cultura de siglos que en español hemos aprendido y hemos vivido que no hay fuerza política, ni influencia social, ni tendencia, mixtificadora que en nuestro pueblo pueda quebrantarle sus valores de permanencia al idioma que habla esa cultura.”  
Nuestra producción literaria — para mejor

ajustarnos al tema de este discurso — confirma la teoría.

La producción literaria. De este aspecto de la cultura, dice Enrique Díaz — Retg:

“Uno de los factores más poderosos que pueda tener un país para enaltecimiento y prestigio en el mundo, es el de la lengua en que habla, escribe y se da a conocer cuando en ella se han producido libros, monumentos literarios de fama universal, y cuando la historia del país registra fastos y gestas de incomparable valor.”

Durante lo que va de este Siglo XX, hemos tenido dos generaciones de poetas y literatos: la aparecida en 1890-1912, y la otra, con posteridad, que se halla en plena florescencia intelectual.

La extensión de este discurso nos impone la obligación única de concretarnos a señalar nombres. Ni siquiera intercalar trozos de sus obras escasamente divulgadas entre los países de nuestra habla. Sí queremos hacer constar que cada nombre aparece en uno o más libros publicados que han merecido los elogios de la crítica.

Por falta de una bibliografía completa — la de Pedreira cubre hasta el año 1932 — hemos tenido que fiar a la memoria la cita de nombres. Muchos, muchos, no aparecerán aquí incluídos y esperamos incluirlos luego.

En el primer grupo señalaremos a Julián E. Blanco y Sosa, Francisco Mariano Quiñones, Fran-

cisco J. Amy, Calixto Romero Cantero, Luis Bonafoux, Eliseo Font y Guillot, José C. Barbosa, Luis Muñoz Rivera, José de Diego, José Gómez Brioso, Luis Sánchez Morales, Mariano Abril, Luis Rodríguez Cabrero, Federico Degetau, Manuel Fernández Juncos, Gabriel Ferrer, Rosendo Matienzo Cintrón, Manuel Zeno Gandía, José Mercado - Momo - Ramón Marín, Antonio Cortón, Rafael López Landrón, Vicente Palés Anés, Cayetano Coll y Toste, Manuel Quevedo Báez, Vicente Balbás Capó, Manuel María Sama, Félix y Rafael Matos Bernier, José María Monge, Lola Rodríguez de Tió, Angel Acosta Quintero, Eugenio M. de Hostos, Angel Rivero, Salvador Brau, Agustín Stahal, Francisco Mariano Quiñones, Tomás Carrión Maduro, Manuel Martínez Plee, José M. Nazario, Francisco del Valle Atilas, Eugenio Astol, Ramón Negrón Flores, José G. Torres, Ferdinand R. Cestero, Guillermo Atilas García, Trina Padilla de Sanz, Pablo Morales Cabrera, José y Quintín Negrón Sanjurjo, Eduardo Newmann, Juan Zacarías Rodríguez, Manuel Martínez Roselló, Federico Asenjo, Carlos Casanova, Rafael del Valle Rodríguez, Clemente Ramírez, José Gordils, Sotero Figueroa, José Contreiras Ramos, José Muñoz Rivera, Manuel Guzmán Rodríguez, Pedro C. Timothee, Pedro Pablo Vargas, Mariano Riera Palmer, Luis Felipe Dessús, Sebastián Dalmau y Canet, Ana Roqué, Luis Caballer, Modesto Cordero, Guillermo V. Cintrón,

Angel Paniagua, Romualdo y Cristóbal Real, Francisco Vincenty, Felipe Janer, José Rodríguez Castro, Virgilio Dávila, Augusto Malaret, Joaquín Pujals, José M. Lomba, Pedro de Angelis, Juan Escudero Miranda, Matías González García, Francisco R. de Goenaga, José Tous Soto, E. Comas Pagán, Joaquín Barreiro, Luis Muñoz Morales, Roberto H. Todd,

Del segundo grupo hay que señalar a Luis Llorens Torres, Nemesio Canales, Epifanio Fernández Vanga, Jesús María/Lago, Enrique Zorrilla, José de Jesús Esteves, José Pérez Losada, José Juliá Marín, Juan B. Soto, Padre Juan Rivera Vega, Jacinto Texidor, Antonio Nicolás Blanco, Evaristo Ribera Chevremont, Antonio Pérez Pierret, Rafael Ferrer, Miguel Guerra Mondragón, Carmen Gómez Tejera, José, Cayetano y Víctor Coll y Cuchí, María Cadilla, José Coll Vidal, Carlos N. Carreras, Antonio Coll Vidal, Félix Córdova Dávila, Gustavo Fort, José Antonio Dávila, Luis Antonio Miranda, Concha Meléndez, Luis y Vicente Palés Matos, J. I. de Diego Padró, F. Negroni Mattei, Manuel Benítez Flores, Eugenio Benítez Castaño, Antonio Mirabal, Rafael H. Monagas, Antonio S. Pedreira, Lydio Cruz Monclova, Generoso Morales Muñoz, Margot Arce, Antonia Sáez, Rafael W. Ramírez, Gaspar Rivera, Francisco R. Amadeo, Carmelo Martínez Acosta, Matías Real, Pedro de Diego, Luis O'Neill de Milán, Jorge Adsuar, José Joa-

quín Ribera, Manuel O. García, Francisco P. Jiménez, Mercedes Moll, Pedro Angel Cebollero, Luis Muñoz Marín, Nicolás y Julio Soto Ramos, Enrique Ramírez Brau, Angel M. Villamil, René Jiménez Malaret, Luis Samalea Iglesias, Francisco M. Zeno, Nicolás Rivas, Cosme Arana, Emilio S. Passarell, Regino Rosario, Rafael Montañez, Rafael Martínez Nadal, Miguel Meléndez Muñoz, Rafael Martínez Alvarez, Juan B. Huyke, Luis Villarronga, Bolívar Pagán, José Padín, Joaquín Monteagudo, Francisco Manrique Cabrera, Angela Negrón Muñoz, Soledad Llorens Torres, René Jiménez Malaret, P. H. Hernández, Manuel A. Martínez Dávila, José A. Romeu, José Arnaldo Mayners, Josefina Rodríguez López, Arturo Morales Carrión, Enrique Laguerre, Mariano Villarronga, Dr. Montalvo Guenard, Joaquín López López, Ignacio Guasp, Ernesto Avellanet Mattei, José Yumet Méndez, Luis Dalta, Manuel Méndez Ballester, Rafael Cuevas Zequeria, Jesús Gil de Lamadrid, Juan Augusto y Salvador Perea, Clemente Pereda, Cruz Ortiz Stella, Manuel Ríos Ocaña, Graciani Miranda Archilla, Washington Llorens, Luis Hernández Aquino, Antonio Cruz y Nieves, Fernando González Alberty, Haydee Ramírez de Arellano, Luis Rechani Agrait, Tomás L. Batista, Alfredo Collado Martell, J. Enamorado Cuesta, Fernando J. Géigel, Gonzalo O' Neill, Enrique Lefebre, Francisco Cerdeira, Emilio J. Passa-

rell, Conrado Asenjo, Max Ríos, Emilio del Toro Cuevas, Monserrate Deliz, Luis Domenech Hernández, Adolfo de Hostos, José González Ginorio,

Más recientemente, el grupo de jóvenes que llega hasta nuestro presente, José A. Balseiro, Emilio S. Belaval, Gustavo Palés Matos, Juan Valdejully Rodríguez, Clara Lair, Cesáreo Rosa Nieves, Arturo Morales Carrión, Carlos E. Chardón, Isabel Gutiérrez del Arroyo, Vicente Géigel Polanco, Juan Antonio Corretjer, Samuel R. Quiñones, Fernando Sierra Berdecía, Abelardo Díaz Alfaro, Amelia Ceide, Antonio Cruz y Nieves, Julia de Burgos, Humberto Padró, Marta Lomar, Carmelina Vizcarrondo, Obdulio Bauzá, Monelisa L. Pérez Marchand, Marigloria Palma, Eugenio Rentas Lucas, Ernesto Juan Fonfrías, Antonio Pacheco Padró, Carmen Alicia Cadilla, Jorge Font Saldaña, Eugenio Fernández Méndez, Rafael Rivera Otero, Jesús Gil de Lamadrid, Carmen de Mar, Angel Rigau, Francisco Arriví, René Marqués, Felipe N. Arana, Alma Rubens, Tomás Blanco, Nilita Vientós Gastón, Antonio Fernós, Antonio J. Colorado, Salvador Tió, Pablo Morales Otero, Joaquín López López, Francisco Matos Paoli, Isabel Cabanillas, Manuel Font Jiménez, Felipe N. Arana, Juan Avilés, Graciani Miranda Archilla, Laura Gallegos, Arturo Cadilla, Raúl Gándara, Juan B. Pagán, J. Torres Masorana, María Teresa Babín, Edna Coll, Jorge Luis Morales, Francisco Rivera Landrón,

Luis M. Morales, Enrique Jiménez Solá, Francisco Rojas Tolinchi, José Paniagua Serracante, Antonio Paniagua Picazo, Manuel Díaz Soler, Carmen Marrero, Angel M. Torregrosa, Rosario Guiscafré, Félix Franco Oppenheimer, Francisco Lluch Mora, Ismael Rodríguez Bou, Luis Raúl Esteves, Angel Muñoz Igartúa, Emilio Delgado, Pedro Juvenal Rosa, Luis Castro Quesada, Joglar Cacho, Violeta López Suria, José Emilio González, Jorge Felices, Luis Hernández Aquino, Gustavo Jiménez Sicardó, Pablo Defendini, Luis Raúl Esteves, Diego O. Marrero, Pedro Juan Labarthe, Magda López, Nimia Vicens, Antonio Oliver Grau, José Luis Martín, Rafael Rivera Santiago, Teófilo Maldonado, José Antonio Ortiz, Gaspar Gerena Bras, Ricardo E. Alegría, Aurelio Tió, Aníbal Díaz Montero, Victoriano M. Fernández, C. Orama Padilla, Jacobo Córdova Chirino, Arturo Córdova Landrón, José Ramírez Santibáñez, Arturo Ramos Llompарт, Enrique Jiménez Solá.

En estos grupos, entremezclados, están los que ganaron una ejecutoria digna de la veneración y del recuerdo de sus conciudadanos, los de formación humanística, cultivadores de la Historia y la crítica, los que crean bellezas y contagian de emoción, los estilistas que cuidan del adjetivo para que sea exacto y bello, los que remodelan su prosa con acuciosa delicadeza, los voluptuosos de la forma y del ritmo, los poetas de noble y alta ins-

piración que viven intensamente la vida del espíritu y se han consagrado como exponentes de nuestra lírica, los que escriben grandes novelas sobre temas puertorriqueños con estilo castizo y cultura amplia, los que escriben para el teatro con el aplauso de la crítica, los que se han trasladado en el tiempo para ubicar los cuadros sobresalientes de nuestra historia, los maestros de civismo, ventiladores de ideas, los animadores de las fuerzas vitales de nuestra raza, y los agitadores de conciencias que necesita Puerto Rico para no debilitarse, para no apartarse de su tradición de lucha.

Podemos acercarnos con orgullo al monumento de Nebrija para dar fe de nuestra dedicación al idioma de Castilla.

Eramos ochocientos mil habitantes de una isla pequeña que hablábamos español cuando irrumpieron las fuerzas invasoras norteamericanas con su cultura anglosajona y sus poderosas riquezas.

Ahora somos dos millones y medio de puertorriqueños que hablamos con más cuidado y con más veneración el castellano, porque estamos conscientes de que preservándolo en toda su pureza estamos preservando también la pureza del espíritu para podernos sentir libres y continuar y renovar la gran empresa cultural que iniciaron en estas tierras los Reyes Católicos para acrecer cada día más el prestigio de nuestra lengua.

Esta Academia Puertorriqueña de la Lengua

Española que me ha traído a su seno sin que yo tenga méritos para ello, se ha formado, yo así lo entiendo, para entrar a formar parte, en lo que al idioma se refiere, en esa anfictionía de los pueblos hispánicos. No puede tener como propósito ocuparse de fiscalizaciones y purismos ridículos.

El idioma español tan rico, tan bello, tan eufónico y variado, se va a seguir hablando y escribiendo en Puerto Rico con los modismos que sirvan para darle riqueza y matices nuevos, porque el idioma no es como el agua destilada, incapaz de conducir la corriente eléctrica y mantener frescas las flores. La Academia tiene una misión más alta que cumplir: La constante vigilancia para evitar que en el futuro se pueda advertir una manifestación, realmente apreciable, que augure una desmembración de nuestra habla. Estas palabras del ilustre presidente de esta Academia, Lcdo. Samuel R. Quiñones, compendian lo que llevamos expresado:

“Abogar porque conservemos nuestro idioma librándolo de absurdas artificialidades importadas, no significa que postulemos una paralizante estática de la lengua. No pretendemos fosilizar nuestro idioma ni momificarle su expresión vital. Los idiomas son organismos que viven; y porque viven, se transforman; y porque se transforman, progresan; y porque progresan, se perfeccionan; y porque se perfeccionan, siven mejor al propósito

del mutuo entenderse que Dios les asignó como misión a cumplir entre los hombres.”

Esta Academia no puede ignorar que fué el idioma, precisamente, lo que dió a nuestro pueblo el alimento espiritual que nos permitió sostenernos; que en él padecemos, soñamos, rezamos y defendimos nuestros derechos y libertades políticas. Hoy en él conjugamos con el pueblo norteamericano un nuevo sentido de fraternidad humana, sin importar que a veces resulta paradójico e incomprendible que para muchos puertorriqueños lo puertorriqueño sea sospechoso de antiamericanismo. Ignoran que lo que queremos es que sean dos señores los que hablen y convengan y se entiendan, jamás un mayoral que gesticula y un siervo que se humilla.

Y florezca en nosotros la emoción al recuerdo de aquellos hombres pálidos de Cristo y de Colón en cuyas manos el libro era una gran semilla blanca.





Honorable Señor Presidente de la Academia  
Puertorriqueña de la Lengua Española,

Honorables señores Académicos:

José S. Alegría nace en Dorado, pasa su adolescencia etre Barceloneta y Manatí, y joven aún, —frase consagrada por una sintaxis periodística fuertemente imbuída de la angustia del Fausto—, emigra a la ciudad capital San Juan Bautista de Puerto Rico. El sereno puertorriqueñismo del pequeño pueblo nuestro, nacido “junto a la margen del humilde río”, como lo llamaron nuestros poetas líricos, o del “Pueblito de Antes”, como lo llamaron nuestros poetas criollistas; el afán ático y el docto sentir de aquellas encantadoras Atenas de nuestras ciudades de la costa,— “mantenedoras de la cultura grecolatina”—, como las describieron los atildados oradores de nuestros Juegos Florales; el ámbito sonoro de las primeras capitales antillanas, donde los peregrinos ingenios se dedicaban a transformar el mundo español en una utopía de nuevo mundo, están presentes en la personalidad, en la obra literaria, en la vida activa y múltiple de este irreductible puertorriqueño que se llama José S. Alegría,

Los que pudimos vivir en los pequeños pueblos puertorriqueños, al comenzar este siglo, fuimos usufructuarios de un estilo de vida bastante placentero. Aunque las esencias de nuestra sociabilidad eran fundamentalmente españolas, diversos núcleos europeos incorporados a nuestra vida desde la Cédula de Gracia del 1815, habían logrado atemperar los caracteres de la pasión española con cierta tolerancia, con cierta intuición de la tragedia del hombre, que todavía no han desaparecido de la mentalidad puertorriqueña.

Las cuatro grandes estructuras de la mentalidad del pequeño pueblo de Puerto Rico, en esa época aparte que forman los finales de nuestro siglo XIX y los principios de nuestro siglo XX, eran las siguientes: el concepto románico de la familia, con la dirección de los negocios familiares en manos del cabeza de familia, y en ausencia de ésta, del Consejo de Familia, una forma de patriarcado, que no obstante sus muchas transformaciones espirituales y jurídicas, forma parte del aura civil de las sociedades latinoamericanas; el concepto americano de la clase basado más en la limpieza de la sangre que en la pureza del linaje; el concepto político del municipio español, con su larga tradición foral y su autonomía de partido; el concepto liberal de la economía agrícola, con todas las espectaciones del porvenir bien sembradas en la tierra,

Las ciudades de la costa estaban regidas por una concepción más europea que española de las estructuras mentales. Casi todas nuestras ciudades de la costa florecieron en el siglo XIX, buscando más el mar que el río, las capitanías de puerto mejor que las concesiones de agua. Así se comprende como las cabezas de partido de Coamo y Añasco pasaran a Ponce y a Mayaguez después del 1855. Los espíritus de empresa delinearon para estas ciudades un estilo arquitectónico de cierta frialdad monumental. Es la época de los Stahls, los Freese, los Hepp, los Korber, los Stubbe, los Shuck, los Wirghing, los Koppisch, los Volkens, los Waymouth, los Lee, los Bird, los Finlay, los Ashford, los Dehn, los Giusti, los Boret, los Bonafoux, los Tavárez, los Morell, los Veve, los Bianchi, los Giorgetti, los Franceschi.

El patriarcado pueblerino se transformó en una típica sociedad burguesa. Las primogenituras se disolvieron en una concepción más humana de la tutelaridad. Cada miembro de la familia tenía negocio aparte. Las familias principales resultaban ser aquellas donde la pureza de la sangre había logrado darse un beso de amor con la fortuna. La personalidad social buscó apoyo en el cultivo de un arte— casi siempre en el de las letras para vencer esa prevención contra la muerte que persigue al burgués aún en sus momentos más lu-

minosos. El sentido político había trascendido del municipio a la cabeza de partido. Se pusieron en marcha los primeros ensayos de la agricultura industrial y se establecieron las primeras casas consignatarias, con unas comisiones mercantiles tan prolijas, como las que intentara prescribir el Ordenamiento de Bilbao. El patronato de las bellas artes se mantenía como un valor entendido en civilización, sabiendo que bien le iría siempre a la belleza el elogio de la poesía y mejor podría irle a la gloria del patricio la apología del orador. Esa especie de adoración a los modelos virtuosos de la patria, tan característica de la literatura puertorriqueña de aquella época, fué uno de los fenómenos culturales de la mentalidad europea de nuestras ciudades de la costa, pues sabido es que parte de la vida del europeo se consume frente al panteón nacional.

Pero las ciudades de la costa aún vivían del préstamo, tanto social como económico, que les extendía el pequeño pueblo. Detrás de cada casa rica de la costa había una hacienda ubicada en alguno de los municipios limítrofes. En las solemnidades de la pequeña urbe, aparecían todos los años unas cuantas beldades pueblerinas, casi todas educadas en los pensionados católicos del extranjero, luciendo los últimos figurines de "La Ilustración" o de "La Vie Parisienne", la mayoría de ellas con un penetrante olor a hembra de casa

rica. Tan pronto se arrodillaban a rezarle la novena a San Antonio, venía la poesía en su busca, para declararlas diosas del amor o reinas de la poesía de los próximos juegos florales.

La ciudad-capital empezaba ya a ser la gran ciudad, esa gran ciudad que siempre han visualizado los artistas y pensadores de todos los pueblos como la gran sede de la espiritualidad nacional, donde están los monumentos históricos, los organismos del estado, la Secretaría de Bellas Artes, la catedral, la Universidad, el Ateneo, la gran prensa, los mejores teatros, los más pródigos mecenatos. A pesar de su ceño español de plaza artillada de sus castillos medioevales, de sus decanatos mercantiles todavía en manos de los españoles, de su poderosa sociedad española, aún usufructuaria de las prerrogativas de la corona y de los últimos residuos americanos de la economía mercantista, San Juan Bautista de Puerto Rico era la puerta abierta a todos los espíritus selectos y laboriosos, que se habían revelado contra la tutela de los patriarcas, o contra la aritmética de los nuevos ricos. Jíbaros letrados nacidos en Barranquitas, en Bayamón, en Arecibo, en Aguadilla, en Mayaguez, en San Germán, en Ponce, en Guayama, en Humacao, en Fajardo, en Vieques, habían penetrado por la brecha para apoderarse del dominio de la antigua capitania general. San Juan Bautista empezó a constituirse en lo que, sin duda, es hoy, el punto de

reunión de la nacionalidad puertorriqueña. Además era el gran puerto abierto a la cultura española, a la exportación española, norteamericana y europea, al tránsito poético hispanoamericano.

El estilo literario de esta época, que es lo que aquí nos ocupa, demuestra una aspiración homogénea de munícipes y costeños por el dominio de la gramática española, el ardor, el tremendo ardor en el estudio de la retórica y poética, de la poesía clásica. En los pequeños pueblos era casi una biblia aquel temible "Arte de hablar en prosa y en verso" de don Josef Gómez Hermosilla, "una obra destinada a promover en España el estudio de las humanidades, a establecer sólidamente los principios del buen gusto en materias literarias, a combatir las erradas opiniones que le han estragado, a recordar y sostener las sanas doctrinas, a vindicar la memoria de nuestros clásicos injustamente desacreditados por la ignorancia presuntuosa de ciertos Aristarcos noveles, y a restituir su antiguo esplendor a la hermosa lengua de Garcilaso, de Cervantes", o aquel no menos temible "Arte de componer en lengua castellana" de don Gabriel Cortejón, verdadera castalia de nuestros puristas, siempre alarmados ante el posible afrancesamiento de la lengua castellana en tierras americanas. El estudio de la poética puertorriqueña de finales de siglo XIX demuestra esta aspiración a la escolaridad lingüística, este esmerado trata-

miento de las formas retóricas, este melancólico pacer de Pegaso por los amenos prados donde caminara la docta contrición de Galatea. Hasta los amanuenses de los municipios consultaban al profesor de gramática sobre el uso de los intransitivos antes de redactar sus actas consistoriales.

En las ciudades de la costa, el cultivo del latín como idioma católico, los clásicos latinos prudentemente dosificados por la censura eclesiástica, la gramática latina pacientemente explicada en los colegios de varones, o por mentores privados, algunos de ellos, productos de las universidades españolas de Salamanca, de Madrid, de Barcelona, de Granada, de Valencia, de Santiago de Compostela, la concepción de la mitología como una prehistoria de la literatura greco-latina, las versiones simplificadas de la sabiduría de las antigüedades que andaba hasta en las décimas de los trovadores populares—famosa aquella sobre los peripatéticos—, el anecdotario popular sobre los siete sabios de Grecia, habían dotado a la mentalidad de la pequeña urbe con un juego de imágenes de cierto aticismo elegante, característico de la prosa de esta época. Las composiciones que se enviaban a los Juegos Florales tenían por lema una alocución latina tomada de Virgilio, de Horacio, de los diccionarios en boga. Debajo de cada reloj capitular había una inscripción desoladora: **tempus fugit.**

Pero en la ciudad-capital las cosas eran distintas. Pese a la abundancia de bachilleres y de profesionales de las bellas letras, los Aristarcos noveles de que nos hablara Hermosilla, estaban en plan revolucionario. Primero, fueron los propios poetas líricos puertorriqueños, los que al adoptar insensiblemente el tono sinfónico que el romanticismo español había empezado a imponer para las exhaltaciones naturalistas o las deificaciones de los proto-hombres, en esa especie de mitología del carácter que intentara el genio romántico, dejaron de cultivar los modelos clásicos, menos algunos endecasílabos ocasionales y algunos alejandrinos que resultaban ya más americanos que españoles. Este fué el caso de José de Diego, de Enrique Zorrilla, de Ferdinand R. Cestero. Claro siempre había sus oposiciones, curiosa entre ellas, la de los poetas escolares de mi generación, todavía bajo el influjo de nuestros preceptores de literatura, todos retoricistas avezados, que pretendieron contrarrestar el creciente auge de la balada francesa a lo Teodoro de Banville con las viejas liras italianas. Yo rimé una de estas liras italianas para el onomástico de mi sabio profesor don Antonio Sarriera, que gozaron de bastante popularidad en los círculos poéticos estudiantiles, sobre todo una que decía:

**Marqués de Santillana,  
la moza que cantó tus serranillas,**

**dejé de mala gana;  
sus gordas pantorrillas  
poblaron mis desvelos de cosquillas.**

pero indudablemente ésto fué un caso donde la picardía de la intención se impuso sobre la calidad poética.

Segundo, era ya la presencia del modernismo americano; el retorno de José de Diego de la Universidad de Barcelona, el retorno de Luis Lloréns Torres de la Universidad de Granada, la visita de José Santos Chocano a Puerto Rico, "aquella libertad rítmica, que había logrado silenciar la sagrada castalia", como nos advertían los partidarios de don Narciso Campillo y Correa y aún de don Francisco Navarro y Ledesma, —*Scientia bene dicendi*—, almas no por más modestas menos influyentes en el florilegio nacional. Lo cierto es que ya a principios del siglo XX, sin darnos cuenta cabal de la pequeña revolución estética, habíamos pasado de la frondosidad de Núñez de Arce, y del vigorismo de Espronceda a la orquística de Santos Chocano y al parnasianismo de Rubén Darío, de Julio Herrera Reissig y de Leopoldo Lugones. Tercero, ya nuestra Carmen Eulate Sanjurjo había traducido a los poetas líricos ingleses y angloamericanos; el pluriverso expresionista de Walt Whitman nos era conocido y además había traducciones

bastante logradas de Edgar Allan Poe por nuestros propios poetas.

Pero, no empece estas pequeñas revoluciones del tiempo poético, desde los comienzos de esta época aparte, que hemos situado entre los finales de nuestro siglo XIX y los principios de nuestro siglo XX, el énfasis en el cultivo de las bellas letras por ello no decaía. Casi todos nuestros médicos eran notables hombres de letras: José Gualberto Padilla, Ramón Emeterio Betances, Agustín Stahl, Cayetano Coll y Toste, Manuel Zeno Gandía, Rafael del Valle, Manuel Quevedo Báez; casi todos nuestros abogados eran poetas o escritores de renombre: Manuel Corchado, José de Diego, Luis Lloréns, Antonio Pérez Pierret, Epifanio Fernández Vanga, Nemesio R. Canales.

Esta ruta interior de la puertorriqueñidad —el pequeño pueblo antes, la ciudad de la costa después, la ciudad-capital, por último— ha creado los tipos de mentalidad puertorriqueña más estables y más característicos. El hombre puertorriqueño que mejor comprende lo que es Puerto Rico es este hombre que ha disfrutado de las tres colectivizaciones clásicas de nuestra espiritualidad. Su concepto de la patria como algo superior al concepto antropológico de la nacionalidad o al concepto político del estado, su aprecio por los aspectos ideales de la cultura y su menosprecio por los aspectos materiales de la vida, su concepción re-

ligiosa del hombre, su concepción del liderazgo como una responsabilidad moral que se le debe al más humilde, su **bonhomía**, su innato sentido humanista de la clase, responsable de una bien equilibrada apreciación de la vida democrática, lograron imponerse por un largo correr de los años, para crear una personalidad puertorriqueña, fortalecida por las mejores esencias populares de la personalidad española, pero que no era española, nutrida por las mejores influencias europeas, pero que no resultaba europea, una personalidad apasionada por el bien, por la belleza, por la justicia, pero sin pasión, que tantos amigos nos ha conquistado fuera de la pequeña isla.

Cuando José S. Alegría llega a San Juan, se instala en la Plaza de Colón, que es lo mismo que decir, a la sombra de uno de los castillos medievales de la ciudad murada, al lado de la brecha, que con el correr de los años, cerraría el Casino de Puerto Rico. Frente a su casa está el Teatro Municipal, y desde su acera se camina por la calle de San Francisco. Yo lo conocí en el estudio del pintor español don Fernando Díaz McKenna. Alegría había sido en sus mocedades discípulo de Frascuito Oller, quien a su vez había estudiado con los impresionistas franceses en París. Iba al estudio de aquel bondadoso pintor, más por el placer de pintar bajo la crítica del buen maestro, que para estudiar pintura. Después exhibía en el Ateneo

Puertorriqueño donde obtuvo medallas y menciones.

Esta afición por los pinceles lo hizo tomar parte en aquellas endiabladas polémicas de los velazquistas con los sorollistas, de los apasionados de Goya con los apasionados de Renoir y Manet, y aún en la rivalidad, que en un plano menor, pero de igual exhaltación, mantenían los ilustradores de revistas literarias, unos a favor de la fugacidad de trazos de Ricardo Marín, otros en favor de las ojerías sepías del inefable Penagos, los más en favor de aquel severo dibujo humorístico de Mario Brau, con cabezudos de piernas enanas y con gigantes de caras de bibelotes, que estuvo tan en boga en las revistas francesas, españolas e hispanoamericanas. Hay una pequeña revista literaria, *Vida Moderna*, fundada por Pepe Alegría, cuyo dibujante era Francisco Roldán, quien entre las tendencias que se debatían, resultaba ser casi un clásico.

El momento en que José S. Alegría llega a San Juan, es uno de los mejores momentos en la historia de la ciudad-capital. Todas las familias principales de la capitalidad vivían dentro de las murallas. Había un paseo para princesas y un parque de convalecencia. Puerta de Tierra era todavía una especie de playa veraniega. La tertulia mañanera de "La Democracia", de "El Carnaval", del bufete de José de Diego en la Plaza

de Armas, del Colonial, de "La Mallorquina"; la tertulia atardecina del Hotel Inglaterra, del Casino Español; la tertulia nocturna del Ateneo Puertorriqueño, de La Cafetera, de la Plaza de Armas, de la Plaza del Mercado, consumían parte de la mañana, más de la media tarde y una buena parte de la noche de los habitantes de la ciudad-capital.

Antes de llegar a San Juan, Alegría había sido maestro, abogado, poeta, cultivador del casinismo artístico, mantenedor de Juegos Florales, conversador de la Atenas manatiense. Hay una excelente descripción de esta vida manatiense de principios de siglo, hecha por el propio Alegría, para servirle de epílogo al libro de Enrique Zorrilla "Trovas de Amor y Gesta". Además de sus conocimientos profesionales y de sus cultivos literarios, sus gustos como hombre de teatro y como hombre de sociedad, le habían dado esa variedad de temas, esa estimación de todas las cosas, que poseían los conversadores de la época. Para él el arte de conversar no tiene secretos. Un estudioso de la historia de su pueblo, sobre todo su historia política, un amante de la poesía puertorriqueña— la antología que hizo con el eminente poeta puertorriqueño don Evaristo Ribera Chevreumont sobre los poetas de la primera generación modernista, es tal vez la primera gran antología de la poesía puertorriqueña— su curiosidad por la vida, su visión rápida de periodista unida a su



análisis reflexivo de pensador, le habían dotado desde su juventud, de ese arte imprescindible a la personalidad literaria que es el arte de conversar. Además su insobornable rebeldía de patriota y su inveterada reciedumbre de ser extrahistórico,—no hay que olvidar que los Alegrías son vascos—reunía en torno a él a las juventudes patrióticas de su época. Había hecho campañas con Rosendo Matienzo Cintrón para la unión de todos los puertorriqueños y se había destacado en varios de los movimientos libertarios de Puerto Rico. Como miembro de la Junta Central del Partido Unión de Puerto Rico, había sido uno de aquellos hábiles mediadores entre el racionalismo del señor Muñoz Rivera y el idealismo del señor de Diego.

Los hábitos capitalenses pronto se apoderaron de su espíritu. Aquella romántica San Juan, cantada por José Santos Chocano, por José de Jesús Esteves, por Evaristo Ribera Chevremont, por Luis Antonio Miranda y por Rafael H. Monagas, se encuentra extravasada en la vida de Pepe Alegría, con ese préstamo misterioso que la ciudad le da al hombre de sensibilidad, para que sus auras lleguen a confundirse en el amoroso abrazo del estilo.

Por las mañanas, salía temprano de la Plaza de Colón, con ese paso que mientras más pretende ser apresurado en el gesto más lento resulta en el movimiento. Entraba a dar los buenos días en la redacción de "La Democracia", compraba sus

primeros hojaldres en el Callejón de la Capilla, curioseaba brevemente la misa de San Francisco y se detenía a leer la nueva croniquilla de Barreiro o el último epigrama de Perico de Diego; de allí salía a probarse un fieltro en la sombrerería de Sabino; se detenía en el Colmado Cerecedo en busca de **foie gras** o de trufas, y por fin llegaba a la esquina del antiguo González Padín, loada por nuestros poetas modernistas, como el más característico paraje de la vida capitalense.

Hay unos versos del propio Alegría, "Sirenas de Cristal" donde el poeta describe la fascinación que ejercen las vidrieras de las tiendas sobre el paseante sensibilizado de una ciudad. La famosa esquina era en este tiempo una de las peñas más conspicuas de la capital. Políticos, periodistas, donjuanes, elegantes de la colonia, se apretujaban en alguna hora del día, entre el rabo de gallo y la cacerola, o entre vermú y la olla podrida, a repasar ese pintoresco rosario de la maledicencia que constituye el anecdotario urbano.

Tan pronto se lustraba las botas en el Pasaje Matienzo, Pepe Alegría seguía hasta las vidrieras de "La Opera" y de "Los Diablos de la Plaza", siguiendo el hilo de su humor poético o de su cavilar de filósofo, hasta acabar frente a los casimires ingleses de Ike Goldsmith. Después de saludar a la venus de Milo del Hotel Malatrassi, se iba a curiosearle los estantes a la Librería Sanjurjo, a

cargo de un de aquellos clásicos librereros nuestros, sentados imperturbablemente en sus mecedoras de bejuco de Viena, bajo una gorra de seda negra, más coleccionistas que librereros, que sentían pavor que alguien les comprara un libro, pasando luego a contemplar la última beldad retratada por don Rafael Colorado. Ya en el estanco de Felipe Campos, recogía "La Esfera", el "Mundo Nuevo", el "Mundo Gráfico", el "Blanco y Negro", el "ABC", "El Sol", "La Ilustración Francesa", "La Ilustración Italiana", "Caras y Caretas", "La Nación" y "El Diario de la Marina". Había además que detenerse en el París Bazar, la más renombrada sirena de cristal del San Juan de principios de siglo, mercería combinada con casa de modas, casa de perfumes, y casa de música, donde se organizaban los carnavales de sociedad, y se imponía la moda.

Las diez de la mañana las esperaba bajo el reloj de la Joyería Bouret. Tomaba su café junto a Federico Rubert, Eduardo Lomba, Monchín Siaca, Rafael Ferrer, Damián Monserrat, o al doctor Glines, o tomaba su mañanita junto a Luis Brau, Jorge Adsuar, Luis Vizcarrondo, y Rafaelito Palacios, en aquellas inalterables peñas de La Mallorquina, y siempre presuroso pero nunca apresurado, iba hasta La Primavera de don Paulino Galguera, en busca de aquellas diminutas ediciones en piel o en cuero, con que la "Colección Estrella" quiso

enfrentarse al monopolio que la Biblioteca de Obras Famosas, había establecido en América.

Satisfecha su bibliomanía, entraba en "El Corte Inglés" a tentar algún dril de hilo número cien, tan solicitado por nuestros palomos capitalenses o en "La Cafetera", verdadera peña de la poesía modernista, o le registraba las cuevas de vinos a Cadierno, a los Fernández, a los Freirías, a los Quintana en busca de coñaques y vinos generosos. Alguna que otra mañana bajaba a La Marina tras de aquellas salchichas catalanas, sardinas portuguesas, arenques ahumados y macarelas, que tanto bien le hicieron a la vinculación histórica. Ya de regreso, sudoroso, cargado de paquetes, entraba en la Librería de los Hermanos Real para darle palique a aquel bonísimo impresor y poeta español que se llamó Matías Real. Hasta allí llegaba algún peoncito del servicio doméstico, o algún mandadero del comercio español, a llevarse los paquetes.

Pepe Alegría ha sido uno de esos compradores sempiternos que trabajan la ciudad de un extremo a otro. Su pasión por los libros, su devoción por la familia, sus gustos de hombre elegante, su afición al arte culinario, lo han convertido en ese coleccionista de libros, en ese husmeador de tiendas elegantes y colmados de lujo, en el descubridor de esa parte de la ciudad que solo se da al que conoce su santo y seña. Yo siempre lo recuerdo

cargando paquetes, muchos paquetes. Su biblioteca es una de las mejores bibliotecas privadas que tiene Puerto Rico. Su casa es un museo. De cada uno de sus viajes trae bellas cosas para su mujer, para sus hijos, para sus amigos.

Cerca de las once de la mañana se dirigía a las oficinas de la Central Plazuela, de la cual era abogado, o al Banco Territorial y Agrícola, o al Banco Colonial Americano, o directamente a su despacho, a trabajar hasta las dos de la tarde, dentro de aquel horario especial de los despachos puertorriqueños que todavía mantenían el viejo horario español.

Por las tardes, una generación de abogados ilustres que consideraban a la abogacía catalogada entre las bellas artes, se visitaban para transigir asuntos litigiosos, para leerse versos y manifiestos o para fraguar un nuevo porvenir político. Todos además de abogados, eran poetas o prosistas de primera línea, grandes oradores forenses, legisladores. Parte del modernismo americano, de nuestra historia política, de nuestro anecdotario forense, tendremos que ir a estudiarlos a aquellas tertulias de los despachos jurídicos de José de Diego, de Luis Lloréns Torres, de Antonio Alvarez Navas, de Félix Córdova Dávila, de Nemesio Canales, de Miguel Guerra Mondragón, de Jacinto Texidor y Alcalá de Olmo, de Rafael López Landrón, de Antonio Sarmiento, de Francisco de Paula

Acuña, de Juan Hernández López, de José de Guzmán Benítez, de Cayetano Coll y Cuchí, de José Ramírez Santibáñez, de José S. Alegría, de Rafael Rivera Zayas.

Por las noches Pepe Alegría era ese paseante sanjuanero, —noctívago lo llamaban las crónicas de la época—, que solía pasear por la ciudad su alma de caballero y su corazón de poeta, gustando de ese misterio de ámbito sonoro que solo tienen las ciudades muradas. Ahora su paso no tenía por qué fingir ninguna premura. Cada rincón de la ciudad le ofrecía la oportunidad de escuchar aquellos pianos de las plantas altas donde María Sar, Carmen Belén Barbosa, Teresita Mangual, Adelaida Alvarez Valdés, las hermanas Sicardó, Elisa Tavárez, Rafael Balseiro, Marianito Feliú, Sisila Arce, Pilar Gómez Brioso, Aurora Arias, Eloisa Pacheco, Celia Cestero, María Hernáiz, Pepa Torres, Matilde Girona, Rosita Roselló, el maestro Torres, convertían la noche sanjuanera en una sala de conciertos para los clásicos del piano.

Las noches de teatro solo tenía que atravesar la plaza, para ver el famoso ballet ruso de Ana Pavlova o las renombradas danzas orientales de Tórtola Valencia; la ópera italiana de Bracale, de Mancini, de Américo Marín; la opereta vienesa de Esperanza Iris; la zarzuela española de Modesto Cid o de Juan Nadal, el repertorio clásico y romántico de María Guerrero; los dramones france-

ses e italianos de Virginia Fábregas; la revista mejicana de Lupe Rivas Cacho; el teatro argentino de Camila Quiroga.

Las noches de retreta se sumergía en aquellas mecedoras de palitos a escuchar la orquesta de San Juan, dirigida por nuestro admirable Manolo Tizol, orquestador de la música de Brahms, de las rapsodias, de Von Suppé, de Strauss y aún de la propia "Maruxa" y "El Anillo de Hierro". Los lunes del Ateneo, a veces a cargo del propio José S. Alegría, le brindaban la oportunidad de admirar a aquel famoso cuarteto de cuerdas de Henri Ern. Francisco Room, J. M. de los Ríos, y de un niño prodigio que empezaba a destacarse en la historia de nuestra música, Pepito Figueroa.

Cuando la noche se dejaba a la inventiva del noctívago, bien porque la iglesia Católica reunía a la alta sociedad en el Obispado para organizar alguna tómbola de caridad o porque el señor Alcalde reunía a los vecinos notables de la ciudad para organizar alguna verbena militar, Pepe Alegría se refugiaba en la segunda tanda de aquella cinema con organillo de la Calle de La Luna, ávido de escuchar aquel notable quinteto, donde se sentaban tres graduados de conservatorio y dos excelentes músicos, para dignificar los melodramas italianos, con todo ese repertorio semi-clásico que ha hecho las delicias de cuatro generaciones de europeos,

De allí salía del brazo de Manuel Martínez Plee, grande amigo platónico y creo que hasta traductor de la Condesa de Noailles, camino a la tertulia de La Cafetera o del Café Bohemia; o del brazo de algún señorón llegaba hasta la última tertulia de La Mallorquina, donde ya estaba reunida la sociedad de San Juan, con los artistas de teatro y los periodistas de la capital. Si por casualidad la media noche se atrevía asomarse por la calle de San Justo, cualquiera disertación podía terminarse en "La Cañandonga", sitio predilecto de los estudiantes de instituto, de los horteras, y de las coristas de la zarzuela, o en aquellos merenderos de la Plaza del Mercado, con sus buñuelos y su café espeso rodeado por una nata abundosa, capaz de resucitar a un muerto. Ya de regreso a su casa, aún había tiempo de detenerse, en La Barandilla, para departir con Tizolito, Luis Dalta, Luis Díaz Caneja, José Pérez Lozada, Enrique Ramírez Brau, y Fernando Cortés padre, a quienes gustaba platicar bajo la esquemática florresta de las acacias de la plazoleta.

Pensar en Pepe Alegría es pensar en el San Juan de principios de siglo. Todos sus hábitos personales, su ética de vecino, su estética domiciliaria, su estilo individual como hombre representativo de su tiempo, son típicamente sanjuaneros. Pintando los usos y costumbres urbanos de la época tal vez podríamos forjarnos el retrato más fiel

de un hombre, que indudablemente luchó con su rebeldía de patriota y su finura de literato, en mantener vibrando en su medio, las mejoras virtudes de su clase.

Pepe Alegría ha podido ser ese tipo de señorito que ve derrumbarse la sociedad de su tiempo, sin la menor angustia. Para ser feliz lo ha tenido todo: buena educación, familia primorosa, algunos medios de fortuna, éxito profesional, influencia política, estimación de sus amigos. Sin embargo, no hay un solo momento en su vida donde no lo haya comprometido todo para protestar de la adulteración de la fisonomía puertorriqueña. Para la generación que viene detrás de él, le será muy difícil entender esta perenne rebeldía patriótica, esta continua vigilancia sobre las cosas en que ya nadie cree, de su insobornable puertorriqueñidad. Para algunos, tal vez resulte demasiado personalizado en un mundo que aspira a la despersonalización; para otros demasiado idealista en un momento en que el materialismo se le ha subido a las barbas al espíritu. Algo parecido le ha sucedido a la ciudad capital de sus andanzas. Para nuestros planificadores resulta un verdadero rompecabezas. Su integridad estilística resulta demasiado hosca a cualquier intento de modernificación. Su ethos urbano es superior a la matemática de la especulación. Varias veces, tanto a la ciudad como al vecino, le han robado el porvenir, pero ambos han permane-

cido impertérritos. A San Juan lo hubieran salvado muchos hombres de la mentalidad de José S. Alegría, puestos al servicio tanto de una causa histórica como de una causa artística. Porque San Juan es un problema tanto de moral histórica como de responsabilidad artística. Es una de esas capitales de la ruta colombina que debe mantenerse abierta a la curiosidad de los historiadores y a la sensibilidad de los viajeros, para el estudio de uno de los mejores estilos de la colonización.

Con el tiempo, la noche de Pepe Alegría le perteneció a aquel nuevo refugio de la mentalidad puertorriqueña que se llamó el Casino de Puerto Rico de 1935, constituido no solo por los viejos casinistas de la Capital, sino por algunos de los retoños de esa esplendorosa clase artística puertorriqueña, que constituyeron y constituyen los Gutiérrez, los Oller, los Toledos, los Sanromá, los Astol, los Paniagua, los Vasallos, los Casals, los Tapia, los Castejón, los Gautier, los Pasarell, los Padilla, los Ferrer, los Cestero, las Sicardó, los Cabrera, los Belaval, los Campos, los Méndez, los Paolis, los Géigel, los Rossy, los Otero, los Arteaga los Núñez los Marín, los Vizcarrondo, los Ramírez, los Zorrilla, los Muñoz, los Montilla, los Amy las Guillermet, los Tavárez, los Palacios, los Cortés, los Barasoain, los Fernández, los Mangual, los Verar, los Torres, los Balseiro, los Isern, los Agostini, los Gatell, los Ramos, los Iglesias, los Nadal,

los Aguayos, los Escalona, los Quintón, los Esteves, los Figueroa, los Penedo, los Corderos, los Rodríguez, los Terán, los Miranda, los Pedreira, los San Juan, los Juliá, los Colorado, los Montoto, los Caparrós, los Negrón, los Dueño, los Callejo, los Arias, los Abella, los Marchan, los Carbia, los Cadilla, los Torregrosa, los Franceschi, los Berrios, los Bozzo, los del Ribero, los Buset, los Andino, los Montañez, los Tizol, que mantenían funcionando el "Club Artístico del Casino de Puerto Rico", después de haber contribuido con no menos de un músico o un artista de teatro a cada generación puertorriqueña, aunque algunas de estas familias han contribuido hasta con seis artistas en determinada generación.

Este fué uno de los mejores momentos en la vida de José S. Alegría. Era Presidente del Casino de Puerto Rico, al cual había revivido gracias a su cultura, tanto de artista como de hombre de sociedad. Era Delegado a la Cámara de Representantes por el partido de la oposición, que es la manera más cómoda y eficaz de ser político. Dirigía la Sección de Historia del Ateneo Puertorriqueño y otra vez, revivió en él, el afán literario de su juventud. Con el Club Artístico del Casino de Puerto Rico estrenó su cuadro de costumbres "La Trulla" y para el mismo Club escribió su zarzuela "La Cenicienta". "La Trulla" fué un verdadero éxito de nuestro teatro fisonómico. El es-

pectáculo folklórico, tan severo y tan ajustado a la mejor tradición puertorriqueña, sorprendió hasta aquellos que se creían conocedores de nuestro costumbrismo isleño. Un artista, con un fino sentido de los elementos populares del arte fisonómico, había logrado trasladar a un nuevo tiempo, una costumbre festival de nuestro pueblo, muchas veces adulterada tanto por los cronistas de nuestros finales de siglo XIX como por los criolistas de nuestro siglo XX. Alegría tenía una ventaja sobre ellos, la del testigo presencial. En vez de tomar las versiones circulantes de los imaginativos creadores de nuestro pinturerismo criollo, simplemente reconstruyó un recuerdo de su mocedad. La reunión de los hombres del pueblo con los hombres del campo, el traslado de la poesía culta a la improvisación y a la trova campesina, le dió una autenticidad, una frescura, una sobriedad de color que solo se consigue cuando la realidad se somete a un procedimiento estético externo.

Cuando Alegría se convierte en director del "Puerto Rico Ilustrado", empieza a escribir crónicas dentro de la buena tradición que dejaron Luis Rodríguez Cabrero, Mariano Abril, los Matos Bernier, Mario Braschi, José Pérez Lozada. La crónica literaria de Puerto Rico ha sido una de las mejores aportaciones artísticas a nuestro periodismo. La falta de facilidades bibliográficas

obligó a nuestro literato a darse a conocer a través de estas crónicas, algunas trabajadas hasta la depuración, de una calidad literaria superior a la que tiene el género corrientemente. Alegría se dedicó por unos cuantos años a revivir un género narrativo sacrificado por el periodismo sensacionalista.

Lo hizo dentro de la mejor concepción puertorriqueña, como una creación literaria destinada a servir de espejo a los usos y costumbres de nuestro pueblo. La mayoría de ellas son de excelente calidad artística. El contraste entre la juventud de su época todo culto a la patria, culto a la mujer, respeto a los patrones morales de la sociedad cristiana y de la juventud de la tercera década, todo cosmopolitismo, feminidad estropeada por el deporte, beligerancia de los sentidos, le indujo a escribir sus "Cartas a Florinda", saboreadas por las lectoras del "Puerto Rico Ilustrado", como uno de los regalos más deleitosos que el periodismo puertorriqueño le ha brindado a la mujer. El sociólogo se disfrazó de periodista y el patriota de literato, para denunciar el alarmante deterioro de los usos y costumbres del pueblo puertorriqueño. De estos mismos años son sus amables "Crónicas Frívolas", escritas con igual intención aunque siempre con esmero, que son el cuadro de una sociedad, visualizada por un Don Juan que hubiera llegado a filósofo, antes de redimirse como cristiano.

Con esta literatura aparentemente trivial de Jo-

sé S. Alegría hay que tener cuidado en los enjuiciamientos. Cuando Alegría asume la dirección del "Puerto Rico Ilustrado" se encuentra con el problema que toda la literatura para la mujer que suplen los sindicatos del periodismo industrial, es un material abominable. Desde el recetario de belleza hasta el recetario de cocina, todo está contaminado por un fin utilitario deprimente. Es una manera indirecta de anunciar excedentes de producción. Los gustos que antes imponían los artistas y los espíritus más refinados de cada época, ahora habían caído bajo el dominio de los industriales. Hasta la astrología se había utilizado para servir como índice de compras. Un periodista de menos inquietud que Pepe Alegría se hubiera conformado con toda esa baratija. Pero él sabía el daño que tales extravagancias causarían no solo a los hábitos culturales de nuestros consumidores, sino a la moral y a la estética de nuestras mujeres. Para escribir sus "Cartas a Florinda" y sus "Crónicas Frívolas", recurrió a toda su enjundia de hombre latino, a toda su agilidad de periodista, a toda su seriedad de pensador, con el propósito de poner a vibrar otra vez los estilos puertorriqueños que se relacionan con la institución familiar. Todavía es temprano para que podamos medir el alcance de la semilla tirada al voleo. Pero ya hay quien piensa que el trabajo femenino fuera del hogar no produce ningún ren-

dimiento para la economía nacional, y mucho menos para la paz moral de la familia.

“El Alma de la Aldea” pertenece a esa literatura de evocación, que por intentar ser una evocación del pasado inmediato, no deja de ser una crítica moral del presente. La obra es característica del propósito literario de José S. Alegría. Aunque los estilos son siempre difíciles de definir, sabemos que parte de ellos pertenecen a los elementos puramente subjetivos del escritor, pero la otra parte le pertenece al espíritu cultural de la época donde se producen. Cada escritor tiene un modo peculiar de contemplar la vida. Algunos logran cierto ritmo con el tiempo y pasan de un estilo a otro, de un momento cultural a otro, con una destreza sorprendente, aunque siempre angustiosa. Pero en la mayoría de los escritores, el fenómeno es distinto. Hay un momento de madurez donde lo mejor de su espíritu se afina en el momento que más propicio se le muestre dentro del espíritu cultural de su época. En el caso de José S. Alegría, el momento en que se reúne el hombre Alegría con el espíritu cultural del tiempo que más propicio se le mostró, fué durante la segunda década del siglo XX. Alegría podrá escribir veinte libros, pero siempre su estilo habrá que irlo a buscar a este momento. Es su época privada, que por cierto, dentro de las contrariedades peculiares del vivir puertorriqueño en general resul-

ta una gran época nuestra. Habíamos acabado de liquidar la tutela española sin necesidad de romper con nuestra españolidad vital, no se había presentado todavía este pavoroso problema de absorción con que hoy tenemos que enfrentarnos dentro de nuestra asociación con Estados Unidos. Por primera vez el numen criollo era la antorcha que iluminaba nuestra pequeña civilización. Por eso, “El Alma de la Aldea”, aunque resulta un problema moderno dentro de nuestra peculiar mecánica de rectificaciones, es un estilo literario de la segunda década del siglo XX. Así era nuestro estilo cuando todavía se encontraba nutrido por inducciones grecolatinas, por la marejada emocional del romanticismo español, por las formas sensuales del modernismo americano.

Este libro es el segundo de los dos libros principales de la obra literaria de José S. Alegría. El primero “Retablos de la Aldea”, referente a los tipos nacionales que produjo el pequeño pueblo y las ciudades de la costa de finales del siglo diecinueve y principios del siglo XX; el segundo dedicado a esos movimientos característicos que crean las gentes mientras viven que hoy llamamos costumbrismo, y que corresponde a las dos primeras décadas del siglo XX. En este libro Alegría ha seguido los imperativos de nuestra tradición literaria más auténtica. La primera inquietud puertorriqueña sobre literatura fisonómica fué en torno a



los tipos nacionales. Basta recordar "El Jíbaro" de Alonso, el Teatro de Méndez Quiñones, hasta cierto extremo "La Charca" de Zeno Gandía. Los primeros graduados de las universidades europeas sintieron la necesidad de catalogar al jíbaro puertorriqueño entre los tipos nacionales americanos, con la misma dignidad con que ya lo habían logrado el gaucho y guajiro. La segunda inquietud sobre literatura fisonómica fué la costumbrista. Basta recordar a José Antonio Daubón, a Julio Vizcarrondo, a Manuel Fernández Juncos, a Cayetano Coll y Toste. Aunque este libro de José S. Alegría se puede estudiar como una obra característica de la segunda modalidad de nuestra literatura fisonómica, es también una excelente oportunidad para estudiar las formas expresionales y los contenidos emocionales de aquel romanticismo ático tan individualizado en los prosistas de nuestras primeras dos décadas. Temeroso que con él muera un mundo proscrito por la sensibilidad literaria del último tiempo, el escritor Alegría toma a obligación moral reconstruir la Arcadia de su juventud, en toda la autenticidad que el ensueño literario le pueda permitir a la memoria.

Es indudable que para el hombre puertorriqueño José S. Alegría el pasado representa la clave del porvenir. Pero el pasado para él es una mezcla de nostalgia puertorriqueña y de pasión latina. Es una reversión a la ecumene total. Por eso, en

algunas de estas páginas, se ve aparecer el contorno de la ecumene latina, ponderada hasta la arenga lírica, con un fin eminentemente político-cultural. Estos puertorriqueños tuvieron que luchar, no sólo contra la imperfección de su propio medio siempre disputado por dos corrientes de pensamientos latino, la española y la hispanoamericana, sino contra la divinización de una cultura foránea. El culto a la patria contrapuesto como una imagen ideal al racionalismo político, la apología al hombre ilustre, heredado de los poetas trágicos de la antigüedad y de las vidas de Plutarco; el culto a la mujer con esa extraña mezcla de paganía de los sentidos y adoración religiosa a la matrona — Venus y a un tiempo María — la cantó el más puertorriqueño de todos nuestros poetas, Luis Lloréns Torres; el culto a las artes, reminiscencia de la conciencia burguesa de la sociedad puertorriqueña; el interés por las vidas humanas más oscuras, recreación del liberalismo de una generación de revolucionarios civiles, nuestros admirables mambises, todo ese deleitoso juego de imágenes interiores que forman la mentalidad del hombre puertorriqueño de finales de siglo XIX y principio de siglo XX, todo aquel espíritu cultural que tantos milagros hizo, están presentes en esa nueva obra de José S. Alegría, como una segunda evocación subconciente, a veces imponiéndose a lo anecdótico, a veces rindiéndose al recuerdo, para que el poeta de la

prosa imponga su noble afán de patriota. Además resulta un estilo modernista, en un momento curioso donde la propiedad de las formas lingüísticas impuesta por una generación de maestros literatos, parece dispuesta a sacrificar no sólo la libertad en las formas de expresión que heredamos del modernismo, sino esa agilidad netamente americana de saltar sobre todo clasicismo lingüístico, en busca de formas verbales más barrocas.

Pero el valor superior del libro es el modelo que nos brinda de la sobriedad de color y la severidad de imágenes de nuestro costumbrismo. Para los verdaderos entendedores de la vida puertorriqueña, nada hay tan distante a la realidad puertorriqueña como el mosaico jíbaro o la cromática urbana. Nuestro indigenismo es un mito, en cuanto a costumbres se refiere. El carácter homogéneo de la civilidad puertorriqueña no tiene otra diversidad que no sea la irremediable diversidad que entre los seres humanos crean los distintos medios de cultura, las diferentes tareas o tal vez, el prejuicio de raza. Este tránsito del hombre puertorriqueño de la montaña a la ciudad y de la ciudad a la montaña, con un mismo hábito religioso, con una misma sociabilidad, aparece en el libro de José S. Alegría dentro de una fidelidad digna de todo elogio. Ni siquiera para ponderar el color de sus costumbres patrias, el poeta se dejó conmovir por la pinturería costumbrista.

En el libro aparecen ciertas rectificaciones del costumbrismo, como por ejemplo, el que presenta el cuadro de "Muerte y entierro del Angelito", que indudablemente despertará la curiosidad de nuestros antropólogos. En ella José S. Alegría, nos advierte sobre un peligro potencial para el estudio de nuestro costumbrismo, confundir los contenidos negroides con las aclimataciones o corrupciones del costumbrismo español. Como no se puede dudar de la autenticidad de la noticia, no tenemos más remedio que anotar la disimilitud con otras versiones, como un nuevo punto de partida para las investigaciones.

José S. Alegría es uno de los pocos puertorriqueños de nuestro tiempo que puede sentirse tranquilo. No ha habido un solo momento en su vida, donde su culto a los más altos ideales de una cultura nacional, haya naufragado. Ha sufrido todas las incomodidades que le reserva el destino a los hombres rebeldes o inquietos. No deja de ser ésta una de las formas más nobles de consumir una vida.

IMPRESA SOLTERO  
P.O. 18½ - SANTURCE, P. R.

Folletos: Discursos

Num. ~~26~~ 117.215

Alegría, José S.

Publicaciones de la Academia Puertorriqueña  
de la lengua corespondiente de la Española  
Biblioteca de Autores Puertorriqueños Editores  
de la Academia Puertorriqueña de la Lengua  
Española ( San Juan, P.R. 65 pág. 1955

Instituto  
~~discursos~~

num. ~~26~~

lit. 215

Alegria, José S.

Publicaciones de la Academia  
Puertorriqueña de la Lengua  
Correspondiente de la Española  
Biblioteca de Autores Puertorrique-  
ños Editores de la Academia  
Puertorriqueña de la Lengua Española,  
(San Juan, P. R.) 1955 65 páginas

P  
900

Puerto Rico: Problemas y Perspectivas del  
Momento Político Actual (1962)

M 29 p

Maldonado Dennis, Manuel

Puerto Rico: Problemas y Perspectivas  
del Momento Político Actual. (1962)

57 p. 29 cm.

1. Political history. I. Title.